



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Arturo Usler Pietri: historia y pasión de América

Autor: Ferreira de Cassone, Florencia

Forma sugerida de citar: Ferreira, F. (1993). Arturo Usler Pietri: historia y pasión de América. *Cuadernos Americanos*, 4(40), 125-145.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año VII, núm. 40, (julio-agosto de 1993).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licences/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

ARTURO USLAR PIETRI. HISTORIA Y PASIÓN DE AMÉRICA

Por *Florencia FERREIRA DE CASSONE*
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CUYO,
ARGENTINA

Escribir es pintar las ideas.
La isla de Róbinson.

I

O CUPA ARTURO USLAR PIETRI, por derecho propio, uno de los lugares más prominentes en las letras hispanoamericanas. Nacido en Caracas el 16 de mayo de 1906, se inició con *Barrabás y otros relatos*, publicado en 1928. Contribuyó con esta obra al movimiento intelectual denominado "Vanguardia", que renovó las corrientes estéticas caraqueñas en esa época.

Obtuvo el título de Doctor en Ciencias Políticas y Sociales en la Universidad Central de Caracas, y viajó a Europa con un cargo diplomático. En París se vinculó a los grupos vanguardistas y surrealistas franceses y escribió su novela *Las lanzas coloradas* (1931), consagrada como un clásico de las letras venezolanas e hispanoamericanas. Las sucesivas traducciones de esta novela universalizaron su nombre y lo distinguieron de la generación del 28, que irrumpió en la cultura venezolana alrededor de 1926-1927. Eran las postrimerías de la dictadura del general Juan Vicente Gómez, y Venezuela era un país aislado, segregado del mundo, con una vida cultural muy limitada. La libertad intelectual era casi inaccesible y esa generación ambicionaba cambiar las cosas y descubrir el mundo y las nuevas ideas.

En París estableció una gran amistad con el musicólogo y escritor Alejo Carpentier y con Miguel Ángel Asturias, joven guatemalteco que estudiaba arqueología y etnografía en la Sorbona. Estos escritores habían descubierto la magia de las culturas negras que

fascinaban a París. Este interés por el exotismo tenía para los hispanoamericanos una atracción cultural más profunda y por eso ampliaron su interés hacia el mundo precolombino. En ese contexto Uslar Pietri asimiló una experiencia estética y literaria que le permitió, años más tarde, acuñar la expresión "realismo mágico", para enunciar un estilo y una actitud americana. Su prosa pone en evidencia su talento creador para unir su conocimiento de la realidad a la capacidad inventiva del narrador.¹

De regreso en Venezuela, se produce un vuelco decisivo en la situación política y cultural: en 1935 murió el dictador Gómez y el país reanudó su vida intelectual en circunstancias más favorables. Uslar Pietri continuó con la literatura, y su libro de cuentos *La lluvia* gana el primer premio del concurso de *Elite*, que inaugura la segunda etapa de su obra, y hace crecer su prestigio, sobre todo en los medios universitarios. La vocación se afirma luego plenamente con otro volumen de cuentos, *Red* (1936) y, sin proponérselo, se convierte en el guía intelectual de su generación.

Su condición de escritor se enriquece con un perfil nuevo: el político. Pues al igual que la mayoría de los grandes escritores hispanoamericanos, Uslar Pietri ha sentido con fuerza su compromiso ético con los problemas de su país y de Hispanoamérica, verdadera vocación social que lo llevó, como a otros venezolanos, a las funciones públicas, para las cuales, además, estaba capacitado por su formación profesional. Así fue técnico en economía y finanzas, organizador y profesor universitario, y, además, teórico de la acción partidista, en el marco de la vida constitucional. Se reclamaba su presencia en las sesiones legislativas, en la prensa, en la educación y en la cultura, aunque él se declarara antes que nada escritor.²

La Segunda Guerra Mundial comenzaba cuando llegó a la Cartera de Educación, de donde pasó a la Secretaría del Presidente de la República. También dictó conferencias sobre el tema petrolero, de gran importancia en Venezuela, cuando el Estado asumió la

¹ Cf. Ángel Mancera Galletti, *Quiénes narran y cuentan en Venezuela. Fichero bibliográfico para una historia de la novela y del cuento venezolanos*, Caracas-México, Ediciones Caribe, 1958, pp. 27-75.

² En efecto, Arturo Uslar Pietri fue un destacado miembro del gabinete del Presidente Isaias Medina Angarita (1941-1945). Este gobierno se caracterizó por su liberalidad, por su progreso democrático social, por la brillantez de las reformas institucionales y administrativas, y por una firme evolución política y económica. Véase D.F. Maza Zavala, "Historia de medio siglo en Venezuela: 1926-1975", en *América Latina: Historia de medio siglo*, vol 1, México, Siglo XXI, 1977, pp. 450 ss.

función de socio de las compañías explotadoras de dicho mineral, y más tarde tomó su posesión. Como Ministro de Hacienda, tuvo ocasión de estudiar la experiencia de Santos Michelena y Román Cárdenas, en dos épocas características. A mediados de 1945 pasó al Despacho de Relaciones Interiores para encargarse de la política de la República en momentos de la sucesión presidencial.

Su paso por las diversas reparticiones del gobierno, que lo familiarizó con los problemas concretos de su país, perfiló a Uslar Pietri como el mejor candidato a la presidencia de la República y creó un nuevo partido político para aspirar a ese cargo. Es la etapa constitucional de 1942.³ La figura del escritor se completaba con la experiencia de un político de nuevo estilo. Pero estalló el movimiento insurreccional en octubre de 1945, y él fue uno de los primeros presos.⁴

Tomó el camino del exilio y en Nueva York, donde residió, regresó al campo de la literatura: periodismo, novela, cuento y ensayo. A esa etapa corresponden *Letras y hombres de Venezuela* (1948), *El camino de El Dorado* (1947) y *Los treinta hombres y sus sombras* (1949).

Vuelto a su país, dirigió el diario *El Nacional*, donde tenía una columna semanal: "Pizarrón". Volvió a París, pero esta vez como delegado de Venezuela ante la UNESCO.

Publicó otras novelas. *El laberinto de fortuna* (1964), *Oficio de difuntos* (1976) —admirable caracterización del caudillo Juan Vicente Gómez— y, entre las más recientes, *La isla de Robinson* (1981) —biografía novelada de Simón Rodríguez, el maestro de Simón Bolívar, donde el elemento novelesco es la vida misma de su protagonista. Son numerosos sus diversos volúmenes de rela-

³ El autor fundó el Partido Democrático Venezolano, de amplio apoyo popular en las elecciones de 1945, y el Partido de la Política de Gobierno, a nombre de Medina Angarita.

⁴ El 18 de octubre de 1945, seis meses antes de terminar el periodo constitucional, y en plena discusión política libre para votar por los candidatos a las elecciones presidenciales para el nuevo periodo, un golpe militar, en connivencia con el partido Acción Democrática, derribó el régimen. Al día siguiente, una junta revolucionaria presidida por Rómulo Betancourt tomó el poder. Las medidas inmediatas fueron establecer un Jurado de Responsabilidad Civil y Administrativa que procesó y expulsó del país a los ex presidentes Eleazar López Contreras y Medina, junto al doctor Arturo Uslar Pietri y otros políticos. Finalmente, el 14 de febrero de 1948, la junta entregó el gobierno al presidente electo don Rómulo Gallegos. Cf. Guillermo Morón, *Breve historia de Venezuela*, Madrid, Espasa-Calpe, 1979, pp. 237-274.

tos, poesía y teatro, y, junto a su labor de periodista y ensayista, son testimonio de su profunda vocación intelectual. Subrayamos los ensayos reunidos en *Fantasmas de dos mundos* (1979), donde afirma que la creación cultural es la base y la razón de la variedad de la condición humana y es, por eso mismo, el fundamento de la identidad de las comunidades históricas.

Obtuvo el Premio Príncipe de Asturias de las Letras (1990), madurez de una etapa en la cual Uslar Pietri consagra su pensamiento al estudio del tema de la cultura hispanoamericana, a la caracterización y definición de "lo criollo" y particularmente a la revisión y definición de las relaciones entre España y América. Corresponde a ella su libro *La visita en el tiempo*, que tiene como figura central a Don Juan de Austria, personaje que lo atrajo porque vivió entre lo que él creía que era y lo que los demás le reconocían. "Este dato —explica Uslar Pietri— lo convierte en una especie de prefiguración del Hamlet de Shakespeare".⁵

La vasta cultura, a la vez americana y europea, del autor, y su peripecia biográfica —escritor, periodista, político, diplomático, economista—, lo convierten en un intelectual iberoamericano cuya sólida formación humanista lo lleva a rechazar toda forma del irracionalismo de nuestro tiempo, aspecto de su biografía intelectual que ahora queremos subrayar.

II

1. Nombre e identidad de América

¿EXISTE alguna relación mágica entre la manera como nos llamamos y el destino que se cumple en nosotros?

Uslar Pietri cree que a través del nombre la persona se liga con sus antecesores, recibe no sólo una herencia biológica sino también un codicilo espiritual. Es como una suma de circunstancias ambientales cuya fuerza soterrada actúa como impulso condicionante,⁶ ya que el nombre forma parte de la identidad. Es más: lo que no tiene nombre es como si no tuviera ser, dice. Por ello, en muchos sentidos nombrar es crear.⁷

⁵ "Uslar Pietri presenta su última novela, una recreación de la vida de Don Juan de Austria", en *ABC*, 7 de octubre de 1990.

⁶ Arturo Uslar Pietri, *Las nubes*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1956, p. 9.

⁷ *Godas, insurgentes y visionarios*, Barcelona, Seix Barral, 1986, p. 109.

La carencia de un nombre único, definido y satisfactorio no es ajena al viejo problema de identidad que caracteriza a la América Hispana. La tierra y el nombre parecían predestinados y, para decirlo con términos lingüísticos, el significante y el significado se hicieron indisolubles. El despojo del nombre por parte de los Estados Unidos impuso la necesidad de buscar designaciones diferentes para esa otra América. Semejante caso no se ha dado en ningún otro ámbito continental. Por ello no hay nombre enteramente inocente, *Nomen est omen*, decían los antiguos, porque no hay, pues, identidad sin nombre.

La vacilación del nombre es parte de la vacilación sobre la identidad que ha caracterizado hasta hoy a esta parte de América, y refleja y confirma la dificultad de definir su identidad humana y cultural.

La misma discusión sobre si se trata de descubrimiento o de encuentro es suficientemente reveladora. Los iberoamericanos no acabamos de reconocernos en nuestro verdadero ser y, por ello, no hemos llegado a aceptar ni asimilar conscientemente nuestro pasado y a reconciliarnos con nosotros mismos.

La reapertura del viejo y soterrado debate sobre la identidad cultural de Iberoamérica ha resucitado viejas tesis, viejas animadversiones. Aparece un factor, casi teológico, que es el de la concepción de una especie de pecado original asociado con el nacimiento del Nuevo Mundo. A describirlo con delectación en todos sus aspectos negativos se dedicó desde el siglo XVI hasta el XIX la llamada 'leyenda negra', que, usada como arma importante en las luchas religiosas y políticas que contra España sostuvieron Inglaterra y Francia, vino a convertirse en una especie de tesis oficial del pensamiento del Siglo de las Luces.⁸

Hubo, desde luego, un Descubrimiento, el que los europeos, al final del siglo XV, realizaron, para su sorpresa y desacomodo mental, de un inmenso continente desconocido y de sus extraños pobladores. Lo que vino después fue bastante más que un encuentro, término que, como tal, dice muy poco: fue el fin de una época y el comienzo de otra, una nueva situación mental para los hombres de Occidente, que se vieron obligados a operar una revisión desgarradora de todas las nociones en las que había vivido por más de un milenio la cultura occidental. Ese proceso de creación abrió un

⁸ Cf. "América Latina y el pecado original", en *La Nación*, 7 de octubre de 1988, "Nuestra identidad cultural", en *La Nación*, 4 de noviembre de 1990.

nuevo tiempo del hombre porque, a partir de allí, los europeos no pudieron seguir pensando como antes, ni la visión del mundo pudo mantenerse sin grandes cambios. La creación del Nuevo Mundo se inició allí.

Dice Uslar Pietri que en 1492 pasaron muchas cosas pero, sin duda alguna, ninguna de ellas puede llamarse solamente el Descubrimiento de América, porque el concepto, tan rico y contradictorio, de la americanidad va a surgir, precisamente, del triple choque cultural.

Las novedades que llevó Colón de esa primera visión americana circularon por la Europa de los humanistas. Les planteó a los pensadores y a los sabios preguntas y cuestionamientos que nunca antes se habían hecho y que derivaron directamente de aquellas noticias, exageradas o no, dice el autor.⁹

Los efectos y las tesis que suscitaron dieron nacimiento a una nueva ciencia, a una nueva economía, a nuevas ideas políticas, a una nueva concepción del hombre y de sus derechos, y a todo lo que de importante tiene eso que llamamos la modernidad.

Para Uslar Pietri hay que matizar la expresión del Descubrimiento de América, sencillamente porque América no tenía existencia anterior y los aborígenes carecían de una autoconciencia de la realidad continental que formaban. En muchos sentidos, América fue la invención de la cultura europea frente a una nueva realidad del hombre y del mundo, creación y ajuste del que nació, más tarde, lo que hoy llamamos América.

Se produjo entonces una situación nueva, compleja y rica de choques, reacciones y creaciones de tres mundos culturales que por primera vez se encontraban en presencia mutua. Esa situación de triple choque cultural entre indígenas americanos, españoles y africanos constituye la base cultural de un cambio que alcanza en el escenario americano, y fuera de él, a los tres actores principales. Según el autor, hay que reconocer, pues, que América no fue descubierta sino creada, en una fluencia continua de acomodos, hallazgos, sorpresas y deformaciones que terminan por crear un mundo nuevo en todos los sentidos de la palabra.

Hace ya siglos que el concepto de novedad está asociado al hecho americano. Se empezó a decir prácticamente al día siguiente del descubrimiento que se había hallado un nuevo orbe. Y sin embargo, era un mundo poblado de cosas que recordaban a algunas de las más viejas del universo. Dice Uslar que:

⁹ "El viaje de regreso", en *La Nación*, 29 de enero de 1992.

América fue, en casi todos los aspectos, un hecho nuevo para los europeos que la descubrieron. No se parecía a nada de lo que conocían. Todo estaba fuera de la proporción en que se había desarrollado históricamente la vida del hombre occidental. El monte era más que un monte, el río era más que un río, la llanura era más que una llanura. La fauna y la flora eran distintas. Los ruiseñores que oía Colón no eran ruiseñores. No hallaban nombre apropiado para los árboles. Lo que más espontáneamente les recordaba era el paisaje fabuloso de los libros de caballerías. Era, en realidad, otro orbe, un nuevo mundo.¹⁰

Y también vieja pareció América a los criollos del siglo XVIII. Para un hombre como Olavide o como Miranda, América era más del pasado que Europa. Iban a Europa a buscar la novedad, casi a buscar la vida o, en todo caso, la razón de vivir. El nombre de "español americano" sonaba como cosa más antigua que el simple nombre de español en las logias de los conspiradores liberales.

La lengua misma de los americanos parecía cosa más arcaica que la de los españoles. Ese concepto de la vejez de nuestra América y de la necesidad de renacer a otras formas y a otros tiempos es el del progreso a la Ilustración, que está en Sarmiento, en Alberdi y en Rodó. Por eso, cabe preguntarse ¿qué era y qué es lo nuevo en nuestra América?

Eran nuevos los unos para los otros, pero se sentían mutuamente viejos. El indio se hizo al caballo, el español al maíz. Pero la asimilación de la novedad dejó huella imborrable en ellos. El indio que aprendió la Salve, dice Uslar Pietri, ya no se pareció a los otros indios, como el español que había venido a América fue distinto a los que se quedaron en España. La naturaleza de ellos cambia en la misma proporción en que la novedad se hacía costumbre y termina en el criollo. Y más aún, en el mestizo.

El criollo ya no tiene la sensación de estar en presencia de una novedad. Tiene el instinto de que aún lo desconocido de América le pertenece y le es afín, como le es afín lo español, y lo latino, y lo hebreo y lo griego. Lo nuevo es su propia persona, un alma donde la presencia de lo mutuamente extraño se aproxima en combate o en fusión.

La novedad perdurable no fue el primer deslumbramiento de los mundos desconocidos, sino el permanente encuentro, el inagotable acomodo, la viva mezcla de dos mundos ajenos unidos por un

¹⁰ *Breve historia de la novela hispanoamericana*, Caracas, Madrid, Edime, 1954.

azar indestructible. No hay mejor palabra para designar esa calidad que la de mestizaje. En efecto, el mestizaje es la fuente de la novedad americana. Mestizaje de sangre y, sobre todo, mestizaje cultural.

Lo europeo puro y lo indio puro, en este sentido, resultan no sólo más viejos que lo criollo, sino ajenos a ello en la misma medida de su pureza. Lo mestizo es, pues, lo nuevo americano. Es esa aptitud para recibir las viejas tradiciones, para aproximarlas en la creación de nuevas formas y nuevas tradiciones lo que hace que la América criolla siga siendo mundo nuevo. Un mundo de creación de nuevas formas, que ya no son las heredadas y recibidas.¹¹

América puso a Europa a cavilar y a soñar. Le ofreció ese mundo nuevo y desconocido para medirse y compararse. Le brindó nuevos temas y nuevos motivos para expresar la insatisfacción que experimentaban por el orden en que vivían.

Pero hoy, prosigue Uslar Pietri, habría que plantearse ¿hasta cuándo van a ser jóvenes las naciones americanas? Así como para las personas, debe haber un momento en el que las naciones adquieren un grado definitivo de adultez o, si se prefiere, de mayoría de edad.¹²

Esa connotación de juventud se presta a opuestas interpretaciones. Puede entendérsela, y así lo han hecho muchos hispanoamericanos, como un elogio de las virtudes y ventajas inherentes a la juventud: vigor, entusiasmo, posibilidades de futuro, impulso vital; pero también puede significar, negativamente, cierto grado de inmadurez, de retrasada infancia, de *capitis diminutio*.

Esa supuesta juventud se ha invocado para excusar errores, improvisaciones, tendencia a la anarquía, falta de acatamiento a las instituciones establecidas, desorden y repetidos fracasos institucionales. Los fracasos de los sistemas políticos en América Latina, las insurrecciones, la inestabilidad, se han querido cubrir con el no tan piadoso manto de la excusa de la juventud.

Las gentes que poblaron el continente americano, indígenas y europeos, eran tan antiguos como la humanidad y representaban viejas culturas muy definidas. Por ello la persistencia del mito de la juventud americana ha contribuido a impedir que se busque más a fondo la causa de nuestros males sociales y de nuestra inestabilidad política.

¹¹ *Las Nubes*, p. 21.

¹² "El mito de la juventud americana", en *La Nación*, 16 de marzo de 1989.

2. Cultura y creatividad

La vida hispanoamericana, en lo que tiene de más característico y de más hondo, está condicionada no por el trasplante, sino por el injerto. Que no es ni lo español ni lo indio, ambos irremediamente modificados por el mutuo contacto, sino esa otra cosa que hubo que llamar desde el comienzo lo criollo, cuyo rasgo esencial es el mestizaje. A veces mestizaje físico, pero siempre mestizaje espiritual.¹³

En efecto, en las carabelas de Colón llegaron, con muchas otras cosas, las ideas de Occidente. En las culturas indígenas había, por cierto, teogonías, mitos, leyendas y creencias, pero no había nada que pudiéramos llamar propiamente filosofía y menos aún filosofía política.

Pero la cultura que traían los navegantes era, más que cultura en libros y sabiduría, cultura incorporada a la vida. Una manera de ser y entender, con largas y viejas raíces, que venía de la antigüedad grecolatina y hebrea y que reflejaba no solamente el credo y los dogmas del cristianismo peninsular, sino los ecos prestigiosos de la escolástica de la Edad Media con sus dos vertientes, el escotismo y el tomismo.

El mero hecho del Descubrimiento provocó un cambio profundo en la perspectiva moral y antropológica de los mismos europeos y produjo el descubrimiento de la utopía: el eco de Colón está en Tomás Moro y sus seguidores. Colón ciertamente se llevó una visión falsificada del indígena americano. De su *Carta* y de otras descripciones paradisíacas de los indios de las Antillas surgió incontenible y sin fronteras el poderoso mito del Buen Salvaje. De ese mito, que recogieron los humanistas, se nutrió el pensamiento reformista, crítico y revolucionario de Occidente. La expresión más cabal de ese asombro ingenuo la da, desde la cumbre de su prestigio, Montaigne.

Sin embargo, a poco de introducirnos en el tema de mestizaje y creatividad, advertimos, dice el autor, que ambos conceptos están indisolublemente mezclados en todo el proceso universal de la creación de las culturas. La creación es una innovación, una alteración, una combinación sorprendente y casi inexplicable de elementos y de maneras que provocan en el espectador la sorpresa, el desacomodo o la admiración.¹⁴

¹³ *La otra América*, Madrid, Alianza Editorial, 1974, p. 27.

¹⁴ "Creatividad y mestizaje", en *La Nación*, 24 de mayo de 1992.

Las mismas culturas madres: la griega, la romana, la judía y la del mundo mediterráneo, eran ya formas mestizas. Las raíces de la *Odisea* abarcan y resumen toda la vastedad mediterránea. Luego, ya en el escenario de Occidente, estas mezclas, en alguna forma estabilizadas, van a entrar en pugna e influyen con otras culturas para producir esa múltiple creación de la cristiandad europea y de la creación cultural de Occidente.

El caso de América reproduce en lo esencial ese fenómeno, sólo que en un tiempo menos largo y, por lo tanto, más abarcable, lo que no significa que lo hayamos podido comprender mejor, porque el iberoamericano es un tiempo diferente, en el que la presencia de una geografía y de unos actores culturales distintos han creado una realidad propia.¹⁵ Da la impresión, dice Uslar Pietri, de que todavía no sabemos ni cómo llamarlo ni cómo clasificarlo ni mucho menos cómo entenderlo, limitados y extraviados por prejuicios y nociones superficiales.

Esto se puede ver desde cualquiera de los ángulos de visión de los tres grandes protagonistas culturales americanos: ibéricos, indígenas y africanos. En efecto, el conquistador tuvo una actitud no siempre excluyente y trató de comprender y asimilar al indígena. Esa abierta actitud se ve no sólo en los alegatos emotivos de Bartolomé de Las Casas, sino también en las *Cartas de relación* de Hernán Cortés.

También se lo puede ver desde la situación de los "vencidos" y de la ruina de las grandes civilizaciones americanas. Hay una abundante literatura proindígena en la que no faltan los autores españoles, como fue el caso de Ercilla en *La Araucana*. Y han existido también, particularmente en la zona del Caribe y de la costa atlántica, muchos testimonios del eco doloroso de la esclavitud negra.

Pero lo que le da su verdadera peculiaridad y fuerza es que, desde el primer momento, las tres culturas se encontraron, con fuerza y consecuencias diversas, en un múltiple y abierto proceso de fusión, interpenetración y mestizaje. No fueron sólo los mestizos de la sangre, sino todos, los actores del gran drama creador. Peninsulares, indios y africanos ineludiblemente dejaron de ser lo que habían sido antes del gran hecho. Empezaron a ser otra cosa que se reflejó en usos, alimentos, costumbres, formas de sociabilidad, lenguaje y religión.

¹⁵ "La América Latina en Cambridge", en *La Nación*, 22 de mayo de 1988.

Sin duda, la cultura ibérica fue la dominante y la que aportó las grandes bases de la identidad común y de la unidad. Español y portugués fueron rápidamente las lenguas comunes; el cristianismo mestizado, la sola religión, la ley, la estructura de civilización, vinieron de España y Portugal.

Pero el hecho americano, a su vez, tuvo inmensa influencia en la civilización europea, desde la noción misma de la condición humana de los derechos naturales de los hombres hasta la concepción del mundo y las primeras dudas y preguntas de dónde iba a brotar la ciencia moderna.

No tuvo significación integradora y unitaria la influencia de los indígenas. Tal vez podría decirse que de ellos viene una de las fuentes de la diversidad dentro de la familia.

De esas tres diferentes raíces surgió un nuevo hecho cultural. Por ello el fenómeno de la América Ibérica es totalmente distinto, en este aspecto y en otros, del de la América anglosajona o del proceso del Asia y África coloniales. En éstos hubo trasplante completo, como en la América del Norte.

Sólo en la América Ibérica ocurrió el hecho del nacimiento de una nueva situación cultural. Las naciones que originaron ese inmenso suceso histórico no fueron influidas por culturas ajenas que pudieron predominar temporalmente, sino que surgieron de sus propias raíces en tres fuentes culturales diferentes y al mismo tiempo propias. Todo lo que tenemos de cultura ibérica es tan nuestro y tan antiguo como lo que tienen españoles y portugueses; lo que tenemos de indígenas es igualmente tan genuino y propio como lo es lo africano. Es ésta la verdadera originalidad y el hecho fundamental. No hemos asimilado culturas extrañas; somos el producto y la herencia viva de la varia fusión y entrecruce de esas tres culturas que nos pertenecen con igual título. Éste es el hecho, de él partimos y a él tenemos que regresar cada vez que un hispanoamericano se interroga sobre su propia identidad.

El gran proceso de mestizaje cultural abierto en América Latina desde el día del Descubrimiento tiene una de sus manifestaciones más señaladas y ricas en la forma en que las ideas venidas de Europa han sido entendidas e incorporadas. Sobre fondos locales y tradicionales de sociedad y de cultura, se han incorporado las ideas para injertarse y combinarse en mezclas a veces irreconocibles, que valen ciertamente como signo y muestra de lo americano, más que como manifestación de un cuerpo de doctrina puro.

En efecto, hay una peculiaridad iberoamericana que tiñe y modifica las ideas recibidas y que se ha manifestado desde nuestros

orígenes. Así como se desarrolló, en el rico proceso de mestizaje cultural, un cristianismo iberoamericano, también se formaron por segmentaciones y accesiones un liberalismo, un positivismo y un marxismo iberoamericanos. Son esos fenómenos, como hechos socioculturales, los que pueden revelarnos mucho sobre nuestra condición y nuestro destino, cree el autor.

3. *Cultura y evangelización*

Dice Uslar Pietri que el conquistador y el misionero son las dos fases de una misma empresa: dominar por la fuerza y poner los cimientos espirituales de una nueva realidad. Para honra de España, la conquista de América no fue sólo un problema militar y político, sino un inmenso conflicto moral y espiritual.¹⁶

Pero, por sobre todos estos contactos y fusiones, un poco azarosos, se destaca una empresa tenaz y penetrante de asimilación y fusión espiritual, que es la de los sacerdotes. Son los frailes, los padres del mestizaje espiritual y los que más han contribuido a la formación y al destino de la América criolla. Son los primeros y los más eficaces directores del proceso de la formación de lo criollo.

Porque eso que se llamaba evangelizar no era otra cosa que intentar hacer de un indio un cristiano. Y en esa empresa imposible y desesperada tenían que valerse de todas las formas de transacción y de aproximación.

La esencia de la civilización española estaba en su concepción del cristianismo. La empresa del fraile consistía en hacer del indio un cristiano, es decir, un miembro de la civilización española, sin aislarlo de su medio propio y de su tradición viva. Lo que lograron tuvo que ser un mestizaje, el fecundo mestizaje espiritual que está en la raíz de la vida criolla, que ha determinado los valores y los ideales de la civilización hispanoamericana.

Para hacer del indio un cristiano había que acercarse a él, entenderlo, palparle los cimientos del alma. Y eso hicieron de un modo admirable los religiosos del primer siglo colonial.

Así formaron vocabularios y gramáticas de las lenguas indígenas, que son hoy la única fuente para los estudios americanistas de lingüística. De las gramáticas pasaron a las doctrinas. El Evangelio y el catecismo en lengua zapoteca, en aymará, en guaraní. En el siglo XIX, el conde de La Viñaza pudo enumerar hasta 1 188 títulos de libros sobre lenguas indígenas.

¹⁶ "La ocasión y la semilla", en *ABC*, 12 de octubre de 1987.

De los vocabularios pasaron a los juegos, a los oficios y a las artes. Ejemplo de ello fue la labor de Sahagún, que recogió en la misma lengua indígena diáfanas transcripciones para dejar a su muerte el insuperable tesoro de los manuscritos de su *Historia general de las cosas de la Nueva España*.

Ésa fue la tarca matriz de mestizaje espiritual de la que viene la América criolla. Aproximar, mezclar, fundir lo vivo con lo vivo, que crea nuevas formas de vida. En cambio, dice Uslar, la actitud difiere en la América del Norte:

Los colonizadores ingleses de la Nueva Inglaterra levantaron iglesias de madera. En cambio, quien mira el Santuario de la Guadalupe en Puebla, o la Iglesia de la Compañía en Quito, o siquiera una de esas pinturas estofadas del Cuzco, siente que allí se allegaron recelosas fuerzas humanas preñadas de destino para crear formas nuevas y vida propia. Nacen de la irrefrenable necesidad de expresar algo que ya no podía expresarse enteramente en las formas recibidas.

En su afán de hacer del indio un cristiano español, crearon otra cosa, que es la civilización hispanoamericana. Y en ese sentido, más que nadie contribuyeron a hacer del mundo descubierto un mundo nuevo.¹⁷

Lo que ocurrió en nuestra América fue, pues, diferente y consistió básicamente en un proceso abierto y múltiple de mestizaje cultural. No fue una cultura extraña superpuesta por la sola fuerza sobre una cultura indígena, que subsistió sometida, sino una rápida y total experiencia de sincretismo.

La vida criolla salió como tejida de aquellas manos que hilaron lo indio con lo español, con lo negro, con lo telúrico, en un tejido nuevo. Hicieron más que representar y difundir el credo de una religión. En realidad, le dieron forma al destino de un mundo y prevaleció en la conciencia moral y jurídica del mundo hispanoamericano el concepto de libertad y de igualdad cristiana del indio.

4. Cultura y sociedad

Lo que comenzó al día siguiente de la llegada del español fue la mezcla que iba a producir una nueva sociedad de la que todos los hispanoamericanos actuales somos consecuencia y parte.

El sistema que prevaleció desde el comienzo fue el de la gran propiedad, que tenía que contar con una provisión de trabajo barato, seguro y de preferencia servil.

¹⁷ *Las Nubes*, p. 35.

El indio de las Antillas y de la costa atlántica, que en su mayor parte vivía de la guerra, la caza y la pesca, y que no había pasado de ciertas formas simples y limitadas de la agricultura, no estaba ni física ni mentalmente preparado para tomar sobre sus hombros la ruda faena de un labrador castellano. Ni siquiera estaban alimentados para eso. Esta incapacidad para el trabajo, esta inadaptabilidad a un esfuerzo metódico y continuo, no sólo diezmo la población indígena de las Antillas, sino que hizo muy lento y difícil el desarrollo económico de esas primeras posesiones. Al mismo tiempo, el indio incorporado al Estado de los aztecas o al de los incas estaba entrenado, alimentado y habituado para prestar un trabajo continuo. Sobre esa fuerza de trabajo ya organizada, los españoles pudieron yuxtaponer con buen éxito su orden colonial.

Arturo Uslar Pietri opina que somos gente de cultura aluvional, y esa cultura aluvional cae sobre nosotros sin destruir lo que está debajo, acumulándose e incorporándose a esa base.

En cambio los criollos de los siglos XVIII y XIX, los que hicieron la independencia, y sus inmediatos sucesores, tomaron para sí la ideología de los enciclopedistas y los ideales del liberalismo político, y recibieron, por lo tanto, una visión deformada de ese extraordinario proceso que fue la creación de una nueva sociedad en tierra americana por medio de la mezcla fecunda de etnias y culturas provenientes de tres continentes: América, Europa y África.

Por ello, el autor cree que mientras el pensamiento iberoamericano no logre entender y asimilar en su realidad profunda ese rico fenómeno, del que deriva la formación de nuestra sociedad y nuestra cultura, no podrá sobreponerse a esa poderosa fuerza paralizante que constituyen la duda y la polémica sobre la propia identidad.

En efecto, cuando cesó el imperio colonial no resurgió una cultura sometida, con sus religiones, sus lenguas, sus valores, sino una sociedad nueva y distinta que ya no pudo considerarse ni española ni indígena ni africana, y que continuó con sus bienes culturales adquiridos y creados en el mestizaje, que iban a tener una expresión lingüística: el castellano americano, una religión: la catolicidad criolla, y un solo juego de valores, que fueron básicamente los de Occidente, pero con peculiaridades que se iban a manifestar en su literatura, en su creación artística y en su morada vital.

Si se observa las grandes figuras históricas del mundo iberoamericano, dice Uslar Pietri, nota de inmediato que representan una realidad cultural propia que ya no es ni española ni indígena ni

africana, sino iberoamericana. No hay el equivalente del Inca Garcilaso en ninguna experiencia colonial conocida; no hay tampoco el semejante de Bolívar, hombre tan consustanciado, en el pensamiento y en la acción, con lo criollo, ni mucho menos el caso de Benito Juárez, indio puro, jurista de tradición romana, magistrado republicano que nunca se consideró ajeno ni extraño a ninguno de los aportes culturales de su personalidad.

Poco han reparado las lecturas superficiales en lo poderosa y consciente que era en Bolívar la tradición. Por ejemplo, lo fundamental para el Libertador no eran los rasgos de separatista, ni de revolucionario, según el modelo de la filosofía del siglo XVIII. Más que lo que había aprendido en los libros nuevos, podía en él la intuición de la realidad tradicional. La Patria nunca le fue encierro. 'Nuestra Patria es la América', dijo una vez. Se refería, en realidad, a la América española, una América homogénea y unitaria; y en el fondo de su ambición, lo que estaba era volverse sobre España, una vez libertada América, para libertarla y para rehacer la unidad hispánica. A la manera del Cid, que se iba de Castilla para hacerla, y, sobre todo, a la manera de Trajano.¹⁸

En esto difiere genialmente Bolívar de los hombres de su tiempo. Para él no hay dos Américas, una culta y una bárbara, una urbana que representa la civilización y una rural que representa la barbarie. Él sabe que esa barbarie rural es el vestigio, desfigurado en la soledad y en la aspereza del campesino, de los ideales de la civilización hispánica, en la forma en que cuajaron en el siglo XVII.

Bello, en tanto, se refugia con fervorosa dedicación en el estudio de la lengua, porque sabe que es la sangre de la unidad orgánica de Hispanoamérica, que su razón considera como el supremo fin de sus pueblos, y también, sin duda, porque su sentimiento halla en la unidad lingüística y cultural, la patria posible. Esto no le impide verse enfrascado en la áspera polémica con Sarmiento joven. Aquella polémica en la que Bello veía asomar, a través de la prosa de aquel talento volcánico e improvisador, el rostro de la desintegración cultural de América y la amenaza de un desvío sin rumbo en el camino hacia la civilización. Porque, dice Uslar Pietri, Europa tenía para los criollos un prestigio insuperable. Iban hacia ella, en respetuosa actitud de discípulos, con cierta vergüenza de que se asomara el pelo del salvaje. Allí estaban en ac-

¹⁸ *Letras y hombres de Venezuela*, México-Buenos Aires, FCE, 1948, p. 48.

tividad los grandes sistemas políticos, que nosotros mal ensayábamos, los grandes creadores de literatura, de arte y de música.¹⁹

Del fondo más vivo de su alma de criollo sacó Sarmiento la poderosa antítesis de civilización y barbarie. La sacó para darla al mundo criollo como uno de los grandes temas de su pasión y de su angustia. Quedó planteada la cuestión en aquel muro y en su alma. Cuando después la recogió con más amplitud y vuelo en *Facundo*, lo que hizo fue repetir la impresión primigenia.

Porque la verdad es que eso que él llamaba barbarie era nada menos que la vida criolla. Eso mismo que otras gentes consideraban la civilización española de América. Una muy caracterizada manera de entender la religión, el gobierno, la moral, la vida, la riqueza, el trato social y la felicidad.

Lo que Sarmiento y otros antes y después de él llamaban civilización era otra cosa distinta y distante. Era la concepción de la sociedad y del individuo creada por el racionalismo francés y el inglés en los siglos XVII y XVIII. El producto de otro mundo, de otra concepción, de otras tradiciones. La duda metódica frente a la fe, el concepto de derecho frente al concepto de deber, el ideal de la libertad política frente al concepto de la sumisión a la autoridad.

No parecían percatarse de que eso que tan fácilmente llamaban barbarie era la tradición misma del alma criolla. Los términos de la antítesis, de otro modo, hubieran tenido que resolverse en otros más simples pero menos emotivos y esperanzadores: vida criolla y teoría política francesa del siglo XVIII. El poder de la tradición y la emoción de los ideales sociales históricos, frente al poderío intelectual y al atractivo de las ideologías nuevas. Ideales que hablaban a la razón frente a ideales que hablaban al sentimiento.²⁰

Pero cuando Sarmiento va a fulminarla en su libro, el alma criolla lo traiciona y transforma a *Facundo* en leyenda de lo criollo.

Habría que ir a la raíz de eso que se había llamado barbarie americana, dice Uslar Pietri. Encontrar sus virtudes y sus ideales para construir sobre ellos las condiciones de la estabilidad social y del progreso político; para reconciliar a América con su alma y para ponerla a andar entera. Porque esa barbarie es vida, vida que se renueva, a la que no podemos ignorar sin ignorar lo más de nuestra alma colectiva.

¹⁹ *El otoño en Europa*, Caracas, Ediciones Mesa Redonda, 1954, p. 9.

²⁰ Cf. *Letras y Hombres de Venezuela*, ed. cit.

En cambio *Don Segundo Sombra* puso al gaucho de maestro. Anunció para la Argentina y para Hispanoamérica la necesidad de un regreso a la pedagogía gaucha, a esa pedagogía que comienza y se repite con un aforismo profundamente anclado en la tradición de lo hispánico: "Hacéte duro, muchacho". Es lo que uno siente manifestarse en angustia creadora en el mencionado Bolívar o en Martí:

¿Cómo podríamos asimilar una veta puramente española, puramente africana, a un Rubén Darío, a un Neruda, a un Nicolás Guillén, a un Borges, y a toda la excelsa familia de los grandes novelistas que, brotados de ese rico mestizaje, hoy se destacan en el escenario mundial con una originalidad que les viene de la fuerza de su condición cultural, como Asturias, Carpentier, Gallegos, Lezama Lima, Fuentes, Vargas Llosa y García Márquez?²¹

La necesidad de reconocer esa realidad es no sólo imperativa y útil, sino imprescindible para podernos entender, para reconciliarnos con nosotros mismos, para dejar de creer que somos lo que no somos y no podremos ser, ni europeos anteriores a la experiencia americana, ni indígenas anteriores al descubrimiento, ni africanos indemnes de la dura experiencia histórica que los hizo parte del inmenso proceso de mezcla, readaptaciones y creación.

Somos lo que la historia nos ha hecho, más allá de polémicas y de complejos de culpabilidad; somos la herencia viva de cinco siglos de creación histórica que han formado una realidad autónoma y poderosa que es la nuestra y la única de la que podemos partir para avanzar hacia el porvenir. No podemos detenernos y desviarnos en una estéril disputa, casi teológica, sobre el pecado original del que hemos nacido o en declararnos partidarios de uno de nuestros abuelos contra otros de ellos mismos. Lo que importa es que somos como somos y todo lo que podemos hacer tiene que partir de esa certidumbre.

5. *Cultura y libertad*

Uslar Pietri afirma que no está en contra de que se recuerde que la llegada de los europeos a América fue una gesta sangrienta, en la que se cometieron inexcusables brutalidades contra los vencidos; pero sí de que no se recuerde, a la vez, que remontar el río del tiempo en la historia de cualquier pueblo conduce siempre a un

²¹ "América Latina y el pecado original", *loc. cit.*

espectáculo feroz, a acciones que hoy nos abruman y horrorizan. Y de que se olvide que todo hispanoamericano de nuestros días, no importa qué apellido tenga ni cuál sea el color de su piel, es un producto de aquella gesta, para bien y para mal.²²

Los incas no hubieran entendido que alguien pudiera cuestionar el derecho de conquista, y criticara a su propia nación y se solidarizara con sus víctimas, como lo hizo Bartolomé de Las Casas, en nombre de una moral universal superior a los intereses de cualquier gobierno, Estado o patria.

Hoy se debe discutir sobre los problemas más urgentes de América Hispana. No es saber si fue bueno o malo que los españoles llegaran tan lejos, o la cuantía de los latrocinios pasados, sino, por ejemplo, averiguar por qué siguen hoy, después de tantos siglos marginadas y discriminadas las culturas indígenas. ¿Por qué la integración es tan lenta y difícil? ¿Qué se puede hacer para acelerarla? Mañana es tarde.

Por ello es muy difícil ligar la idea de cultura con la idea de libertad, a su juicio. Primero debemos preguntarnos ¿qué tipo de libertad deseamos para Iberoamérica?

Lo deseable y lo que yo deseo es que el creador cultural disfrute de la mayor libertad posible. Y que haya la posibilidad de expresar todo lo que haya que decir y que se permita la pluralidad y la variedad más grande. Porque creo que eso enriquece.²³

En efecto, todo el proceso artístico del mundo ha sido hecho a base de mezclas de encuentros, de incorporaciones, de influencias. Si vemos el gran movimiento de renovación del arte europeo, como el impresionismo, se nota la influencia japonesa. En el cubismo hay influencia negra, especialmente de las máscaras. De modo que la mezcla y el choque con cosas extrañas son enriquecedores. Una cultura encerrada en sí misma termina por empobrecerse y por ser la reproducción continua y fatigosa de un modelo, de un arquetipo casi religioso, que termina agotándose.

De modo que a toda cultura hay que asegurarle la mayor libertad y posibilidad de confrontación de conocimientos. Ello no quiere decir que el autor piense que si no hay libertad no puede haber manifestación cultural. No habrá libertad política, y lo deseable es que

²² Cf. *En busca del nuevo mundo*, México, FCE, 1969.

²³ "Con Arturo Uslar Pietri", entrevista de Emilio J. Corbière, en *La Nación*, 2 de noviembre de 1980.

la haya, pero ha existido creación cultural, literaria y artística en épocas de tiranías. La historia humana tiene muchos ejemplos de ello y ha sido más bien como una reacción contra esas situaciones imperantes. Es una manera de reaccionar del individuo contra el medio, una forma de rebelión.

Cree, pues, que el principal deber del intelectual, especialmente en Iberoamérica, es mantenerse como una conciencia libre. El único aporte que puede dar es el de su testimonio personal: cómo ve las cosas, cómo las concibe, cómo considera la presencia del hombre y su porvenir inmediato. Pero debe hacerlo libremente, como una conciencia libre, como lo que él es, para devolver su dignidad. Antiguamente era una especie de guía, de orientador de hombres. En la medida en que el intelectual regrese a eso, a su función de conciencia libre, sin pretensiones de que él tiene la verdad, sino que exprese lo que ve como lo siente él, y que lo diga y lo exprese con autenticidad, entonces se estará regresando a valorizar su función y podrá el intelectual desempeñar un gran papel.

Por otra parte, dice Uslar que el iberoamericano debe entrar en contacto con otras culturas, otros lugares. "No es que el andar mundo no sea buena cosa".²⁴ Por el contrario, es cosa excelente y hasta imprescindible, pero a condición de que se regrese, y de que se regrese a tiempo. Si no, corre uno el riesgo de convertirse en planta sin tierra, que es planta muerta, o en coleccionista de paisajes, o en hombre sin alma, o en alma sin fondo. Porque la verdad es que todo lo que se gana en extensión se pierde en profundidad. Quien quiere crear, quien quiere fructificar, tiene que estar adherido a la tierra. No a la tierra en abstracto, sino a un rincón de tierra, a un pueblo, a un clima, a unos árboles que tienen nombre, a una tradición regional. Puede andar por el mundo, en el camino del aprendizaje, pero para volver con lo aprendido. O ya no podrá ser árbol en ninguna parte.

III

HEMOS visto que en la obra de Arturo Uslar Pietri no está presente la minuciosidad del erudito, sino que juzga con el comentario preciso, nacido de su sagaz intuición y espíritu crítico, y animado, además, por su inquebrantable fe literaria aviva el fuego de las glorias hispanoamericanas.

²⁴ *Tierra venezolana*, Caracas, Ediciones del Ministerio de Educación, 1965, p. 45.

El testimonio de su obra lo convierte en una de las auténticas eminencias del pensamiento, de la expresión y de la enseñanza en nuestra lengua y en nuestro tiempo. Nos da una lección de cordura y de comprensión, donde no cabe ni la alienación de la conciencia ni el vasallaje ideológico sino un humanismo de esperanza. Su obra es representativa de la libertad intelectual, la más grande aventura del hombre, de la búsqueda personal de la verdad. Es ensayista, siguiendo la tradición de los grandes maestros; busca al hombre y su experiencia y aprendizaje por muchos caminos: la cátedra, la novela, el cuento, las vidas ilustres, la historia, la filosofía del arte, la política, el periodismo. En efecto, su discreta duda y su continua y temperada invitación a ser hombre, se refleja de manera especial en sus artículos periodísticos, con una no confesada pero evidente *paideia*.

En su bibliografía predomina Venezuela, seguida de lo hispanoamericano, como método de aproximación al hombre. Uslar Pietri se esfuerza en hacernos entender el pasado de donde venimos, con el objeto de comprender mejor los caminos posibles que el futuro nos abre. Es decir, el pasado como el preludio que hay que oír y entender y sentir, para seguir el hilo de la sinfonía de la historia. A esa historia inerte de hombres, de hechos y de fechas, a esa cronología plana sin profundidad y sin perspectiva, él se esfuerza en sustituirla por el redescubrimiento de la sensibilidad y de los valores de esos quinientos años en que la América Hispana se fue haciendo en el cruce mental y carnal de españoles, indios y negros. Porque el pasado no es un lago, nos dice, sino un río de corriente continuamente acelerada, que desemboca torrenciosa y peligrosamente en el presente universal.

Como observador agudo, está al tanto de la hora del mundo, repasa con ojo escéptico los catecismos de la ideología, ha conocido la crisis de los sistemas políticos, de las filosofías y de las civilizaciones, y piensa que en un mundo tan amenazado de contradicciones y de riesgos se hace más precaria y exigente la tarea de mostrar el rumbo y ayudar a los hispanoamericanos.

Es un hombre de pensamiento, pero también de pasión. Cree que la América Hispánica no debe dejarse arrastrar, sino buscar, en las grandes reservas morales de su pasado, fuerzas para resistir. Sabe que el hombre nunca ha sido un animal simple, sino el temible, trágico y doloroso constructor del hombre mismo. Por ello nos invita a regresar a la libertad de la creación, a la profunda e irrenunciabile responsabilidad del hacer. En una palabra, nos enseña a

tener conciencia, que no es otra cosa que ponerse solo e inerme ante la oscura arremetida del mundo. Hoy, ya entrado en los ochenta, aún nos deslumbra con su claridad y con sus reflexiones sobre lo que ha constituido la pasión de su vida: América. Por eso nos detuvimos en su obra.